

La Republica.

Año 1.º]

Arequipa, Junio 20 de 1868.

[N.º 2.

“LA REPÚBLICA.”

Junio 20 de 1868.

LA REVOLUCION DE SETIEMBRE.

Quando las pasiones de partido hayan dado lugar a que la sana razón juzgue los acontecimientos que se han desarrollado en los últimos meses, vendremos en conocimiento de que la revolución de Setiembre ha entrado, en contraposición con las teorías de los publicistas que justamente dicen, que una revolución, por santa que sea, no puede dejar de producir grandes males; cuando al apasionamiento, repetimos, haya sucedido el discernimiento, es cuando se conocerá que la revolución de Setiembre ha entrado gran copia de beneficios, que mas tarde ó mas temprano, producirán óptimos frutos.

La noble y leal conducta del General Canseco es uno de ellos, y por cierto, de los mas apreciables.

Pocos serán los hombres públicos que puedan ofrecer al mundo, una muestra mas clásica de patriotismo y abnegación.

El General Canseco, aclamado por los pueblos para salvar el país, y rodeado por el embriagador ambiente de una espléndida victoria, no vaciló un instante en devolver al pueblo sus derechos, y en deponer la insignia presidencial.

Acreeador a la primera magistratura del Estado, por mil y mil títulos, superiores en todo a los que siempre han presentado otros Jefes de revolución; ha reusado modestamente las ofertas que de todos los ángulos de la República, se le dirigian haciendo justicia a sus altas virtudes cívicas y militares.

Poseedor de la estimación nacional, y de un Ejército victorioso y compuesto de soldados incorruptibles y valientes hasta la temeridad; se apresuró a poner en práctica la soberanía popular, dejando a los ciudadanos la mas amplia libertad en el ejercicio de sus derechos.

En una palabra: El General Canseco ha reunido todos los elementos que eran menester para continuar en el mando; pero ha preferido, como buen patriota, la felicidad de la Nación, dando con ello un ejemplo de abnegación y desinterés que no tienen igual en los anales de la República Peruana.

Nadie ha espuesto como él su existencia y la de sus hijos; nadie ha puesto mas en riesgo que él

su porvenir y el de toda su familia; nadie ha experimentado mas amarguras que él, cuando veía correr tantos azares y peligros al pueblo arequipeño; y, sin embargo, hoy es el que ménos recompensas demanda de la gratitud nacional.

Ningun mandatario, que nosotros sepamos, ha decretado en tan reducido número de meses, mayor número de obras públicas.

Para solo enumerarlas, necesitábamos disponer de mayor espacio que el de las reducidas columnas de un periódico.

Después dedicaremos a este objeto un artículo especial y digno de tan loable empresa.

En tan escaso número de días, el General Canseco ha levantado, como ninguno, el crédito floeciente de la Hacienda pública.

Ha normalizado el sistema administrativo.

Ha estirpado los abusos creados por la Dictadura, y ha expedido providencias conciliadoras y ajustadas al grado de progreso y a las necesidades del país.

Ha hecho justicia a los buenos servidores de la Nación; ha reducido la exorbitante cifra de los militares, premiando debidamente sus servicios.

Ha votado grandes sumas, de conformidad con el presupuesto general de la República, para la realización de grandes empresas de irrigación.

Y, sin mencionar las mejoras públicas de Lima, Arequipa, Chorrillos y otros pueblos del interior, fijemos nuestra atención en el ferrocarril de Islay.

Esta sola obra es suficiente para colocar al General Canseco en el número de los grandes hombres.

Y en vista de este cúmulo de beneficios, de esta rectitud de procedimientos y de tantas virtudes reunidas; ¿aún hay quien tome la pluma para injuriar al General Canseco?

Triste es decirlo: aún hay seres que toman la pluma para injuriar al regenerador de la patria.

Aquí es preciso consignar dos palabras, que hacen honra a este pueblo y al defensor de Arequipa.

Quando algunos partidarios de la dictadura, en union de algunos descontentos, que se hallaban sin colocación, acaso por ineptos ó viciosos, tomaron la prensa como vehículo de injurias, y consignaron en ella monstruosos partos de injusticia, de impudencia y de supina ignorancia; el pueblo arequipeño protestó de semejante procedimiento, amenazando a esa cohorte de *pansistas*, con la destrucción de sus imprentas.

No podia suceder de otra ma-

nera.

El pueblo penetraba las enmendadas injusticias que en aquellos escritos se entrañaban; y no encontraba otro medio de combatirlas, que su mano poderosa, guiada por el agradecimiento y la justicia.

No obstante de tan elocuente manifestación, los solistas han intentado torcer sus teorías, que primero fueron de interés particular y en seguida de ruindad y venganza.

Algunos de estos escritores se declararon enemigos de la persona del Presidente; por no haber aceptado éste sus ofertas para desempeñar un Ministerio; otros, por no haberse ordenado que el tesoro continuara abonándoles las sumas que, por orden de Prado, se les entregaba a trueque de los ataques que dirigian a este pueblo; los demás, finalmente, con la esperanza de que el Gobierno les tapara la boca con una piltrafa.

Esto, aparte de declararse partidarios del General Balta, que es una misma entidad política con el General Canseco.

Para la consecución de sus planes, principiaron por establecer un serio antagonismo entre los partidarios de ambos Generales.

Esto dió por resultado en la elección, algunas desavenencias, acusaciones y disturbios que no han debido tener lugar en tan solemnes actos.

La elección de Arequipa en favor del General Canseco, se explica de este modo:

Sabiendo este pueblo que el General Balta reunia la simpatía general de todos los pueblos, no vaciló en brindar la suya al General Canseco, que acababa de conducirlo al trono de la gloria, que acababa de acordarles grandes beneficios, que le daba un ferrocarril y un considerable número de mejoras locales; confiando en que este procedimiento seria loable a los ojos del General Balta; por que al negarle el sufragio, no dañaba sus intereses, si se atiende a que su voto equivalia a uno en blanco, en el ánfora del Congreso; y a que en el no se encerraba mas que una fácil manifestación de gratitud a S. E. el General Canseco.

Los partidarios de la dictadura, ó los descontentos, aprovecharon esta circunstancia para declarar una interdicción entre el pueblo arequipeño y el General Balta.

Hoy que se ha despejado el horizonte político, ha venido la luz de los acontecimientos a disipar todas las dudas, y a esparcir en todos los ánimos una atmósfera de bienestar y de fundadas esperanzas.

El pueblo tiene fe en el actual

Gobierno y en el que debe sucederle.

La paz pública no es ya una quimera.

La protección que decididamente está dispensando el Jefe del Estado a las obras públicas, a la agricultura y al comercio; es un hecho que se está realizando a nuestra vista.

El progreso del país es, pues, una realidad.

Esta verdad que existe en la conciencia pública, produce naturalmente muy saludables efectos.

Cada ciudadano que ve abrirse ante sus ojos un nuevo horizonte de prosperidad, no puede ménos que coadyugar al sostenimiento de la ley.

Por mas que el partido dictatorial, representado en Arequipa por el “El Juicio” y “La Bolsa,” propenda a trastornar el orden público, nada alcanzará; porque sus doctrinas disolventes son muy conocidas y las repele el pueblo arequipeño, que ha vertido a torrentes su sangre por ponerles un seguro dique.

Los principios políticos en que descansa el partido que sucumbió el 27 de Diciembre último, son los profesados por el *rojismo*.

El *rojismo* vive de utopías; para realizar éstas, necesita combatir todas las instituciones, todas las doctrinas, todas las creencias religiosas; en una palabra: necesita desquiciar la sociedad para edificar con sus escombros un mundo escéptico, inconsciente, comuñista y estúpido, como todos los monstruos creados por las febriles imaginaciones de los materialistas.

Arequipa jamás prestará su asentimiento a tales absurdos; y antes bien los combatirá, como hasta hoy, con todo el ardor de los verdaderos patriotas.

“La República,” en vista del giro que va tomando la prensa de Arequipa, ha querido poner en trasparencia las tendencias de ese partido, que tanta sangre ha hecho verter a todos los pueblos de la República.

Sus Redactores no se precian de sabios; se precian, si, de patriotas, y especialmente de muy *arequipeños*; como tales se presentan en holocausto para ser sacrificados por el partido rajo.

Cuantos improperios se les dirijan, no harán mas que avivar su fe republicana, su amor al pueblo arequipeño y su decisión por la prosperidad de la patria.

Ellos han sostenido, con la firmeza que les es característica, los principios proclamados por la revolución de Setiembre; y se prometen sostenerlos a toda costa.

Arequipa ha sido la cuna de estos grandes principios; el General Canseco les dió nueva vida, el General Balta los sostendrá siempre. Por eso "La República"; que es esencialmente arequipeña, los sostendrá tambien con la fuerza de la justicia y del derecho.

"EL JUICIO".

Hemos leído, sin sorpresa, el número 15 de este periódico, consagrado a hacer revivir el partido de la dictadura.

Dando de mano a la multitud de dicterios y epigramas sin gracia, de que está plagado, por referirse únicamente a nuestras personas que, en el campo de los principios, son entidades negativas; vamos a concretarnos a la parte editorial de esta publicación, que bien merecía mirarse con desprecio, pero que contestamos con el objeto de acreditar nuestro vehemente deseo de separarnos de las cuestiones personales, que a nada conducen y que son dignas de las columnas del "Juicio".

En el primer artículo que registra este periódico, después de decirnos *simmorales, mezquinos, adulones, bajos*, y de emplear otros adjetivos dignos de sus autores, impugnan ácremente las palabras que, en nuestro número anterior, consignamos con motivo del 2 de Mayo. Fundan su impugnación en que Prado y Gálvez no se ocultaron, sino, por el contrario, fueron unos héroes sobrenaturales.

Esto es llevar el espíritu de partido hasta los límites de la demencia.

Notorio es al mundo entero que el C. Prado ocupó la parte mas sólida del caracol que se levantaba en el centro del Castillo de la Independencia; que no abandonó aquel lugar hasta después de haber terminado el combate, y que, previo acuerdo con sus edecanos, finjió ridículamente salir a cada instante, para que lo contuvieran los individuos q' lo acompañaban.

En apoyo de esta verdad, nos referimos a las palabras del diputado Señor Gárate, proferidas en pleno Congreso; a las publicaciones de todo género, que han circulado sin que nadie haya podido desmentirlas, y, finalmente, a cien testigos oculares que, en caso necesario, repetirán lo que tantas veces tienen dicho.

Deseáramos no evocar la memoria del C. Gálvez; pero los ataques de "El Juicio", nos impulsan a decir dos verdades, que hubiéramos querido relegar al olvido.

El C. Gálvez, como jefe del impudente y aciago partido de los *rojos*, ha encontrado por todas partes miserables satélites que le encomien.

Nosotros que solo marchamos por el sendero de la justicia, decimos que Gálvez murió de puro miedo.

Vamos a probarlo:

Desde el momento en q' conoció este la posibilidad de un ataque al Callao, distinguió el peligro q' iba a correr y concibió la idea de construir una torre blindada é inespugnable.

A los pocos días puso en práctica su proyecto, y, en union del ingeniero Borda, se instaló en su torre blindada, en los momentos del combate.

Nadie, que haya conocido aquella formidable máquina de defensa, dejará de adivinar que Gálvez estaba casi mas asegurado que el mismo Prado.

Solo la casualidad ó la imprevision pudieron producir un fenómeno como el de la torre de la "Merced".

Murió, pues, de casualidad y no como un valiente, el héroe de los *rojos*.

En prueba de lo dicho, enumeraremos la casualidad de haberse reunido con el C. Gálvez, los parientes de éste y casi todos los jefes de su partido, que mas apreciaba.

Queda, pues, sentado que Prado y Gálvez fueron unos cobardes, y que el G. Balta y gran número de militares, enemigos de la dictadura, así como los ciudadanos del Callao y Lima, fueron los únicos que dieron a la patria tan es-

pléndida victoria; de cuyas consecuencias solo pueden dudar los empesinados escritores del "Juicio".

Hasta aquí, no se vé mas que la careta de la hipocresía en las líneas de este periódico.

Donde se presentan tales como son aquellos miembros de la sociedad *roja*, es al hablar del ilustre G. Castilla.

Reservado estaba a tan miserables entes; reservado estaba a esos jóvenes sin pudor, que tanto tiempo han vivido de la caridad pública ó en las recoletas de esta Ciudad, el evocar los manes de tan ilustre víctima para llenarlos de improperios.

Reservado estaba a ese desventurado jóven q' dirije "El Juicio", a costa de bajezas y deshonras, manchar la memoria del hombre mas grande que ha tenido el Perú; del fundador del Presupuesto, del creador de las instituciones y de la administracion pública, del libertador del negro y redentor del indio.

Solo a los miembros del partido que pretendió, por dos veces, asesinar al G. Castilla, ha podido ocurrírsele semejante profanacion.

Solo los redactores de "El Juicio," partidarios del *rojismo*, del asesinato, del derramamiento de la sangre de los pueblos, han podido forjar tan groseros insultos a la memoria del hombre que jamás se manchó con la traicion ni con la cobardía.

¡Honor á los redactores de "El Juicio"!

Los últimos párrafos del citado editorial, se ocupan en probar que, las obras públicas que el G. Canseco ha emprendido en Arequipa, son una ilusión; qué las reformas de la plaza, las veredas, el puente de San Lázaro, la recovas, los pozos de Tiabaya, las pilas, el átrio de la Catedral y el ferrocarril, no son sino *visiones* que, aun cuando las palpemos, no debemos creer en ellas.

Peregrino modo de combatir al G. Canseco, y que no puede ser sino parto de una mollera *dictatorial*, que conocemos y que harémos conocer del público, para que no hiéra alevosamente a los prohombres que están haciendo tantos beneficios al pais. Porque debe saberse que el redactor *absoluto* de "El Juicio", no escribe esto, por la sencilla razon de que no sabe escribir.

Acútese al G. Canseco de la manera que se le acusa en el escrito que contestamos, y se le hará una verdadera apología.

¡Decir aquellos escritores que el ferrocarril no es obra del G. Canseco!

Esta es la mas refinada malicia ó la estupidez mas reconcentrada.

Pues, ¿de quien es?

De otros gobiernos que vengan, agregan candorosamente aquellos *oscuros* y sabios escritores.

Es decir que el G. Canseco ha ordenado la construcción de esta línea, ha proporcionado los fondos, la dejará muy avanzada; en una palabra; el G. Canseco es el autor del ferrocarril de Arequipa, y otros serán los que lo hagan.

Esta es la lógica de "El Juicio;" con ella resuelve todas las cuestiones, hasta las de débito y crédito, y por medio de ella ha descubierto que el redactor *absoluto* es un pensador profundo y un sabio capaz de civilizar al ignorante pueblo Arequipeño.

Griten, pues, enhorabuena, los *pradistas*; llenen de improperios á la juventud que espuso el pecho á las balas del tirano de Callapa; que no vaciló en morir por el pueblo Arequipeño que vertió á torrentes la sangre preciosa de sus niños, de sus ancianos y de sus vírgenes; chille el partido que proclamó la libertad de cultos, y de enseñanza; que la juventud que supo vencer en las *trincheras*, sabrá defender los principios, las instituciones, las doctrinas, las creencias y el honor de Arequipa.

Cuando hay que sacrificarse por la patria, ningún martirio es superior á nuestras fuerzas.

Estarnos dispuestos á todo.

LAS OBRAS SON LA MEJOR APOLOGIA DE SUS AUTORES.

Aunque habíamos prescindido de llamar la atención pública por medio de la prensa, un sentimiento de justicia, la voz de la conciencia, nos obliga á romper el silencio á que nos habíamos reducido. Hoy es un deber de todo arequipeño, ser reconocido al General Canseco, por haber llevado á cabo lo que sus predecesores creyeron un delirio, ó lo miraron con desprecio.

Al emprender este pequeño trabajo, como homenaje de justicia al ilustre hijo de Arequipa, ya llevamos por supuesto, la censura mordás de los pesimistas y malquerientes del General Canseco. Nos calificarán de adulones, vendidos logreros, nada importa; el que defiende la justicia sufrirá la persecucion. Cuple á los hombres de bien ver con desprecio semejantes denuestos, que no importan otra cosa, en buena lógica, que el desahogo de la desesperacion que los consume. Cuple, repetimos, á los ciudadanos honrados no ser indiferentes á la gratitud; porque aunque sea de estricto deber en el jefe político de la Nacion remover todos los obstáculos que se oponen al progreso, y mejorar en cuanto sea posible á los pueblos que le están recomendados; sin embargo, hemos visto con una triste experiencia, que en el largo periodo que ha trascurrido desde nuestra emancipacion política los gobernantes se han sucedido, así como las promesas, y ninguno ha dejado señalada su vida de mandatario con una obra que le recuerde; sino con hechos dolorosos que son el oprobio de la Patria. Mucho prometieron antes de ascender al primer puesto; y quizá llagaron á él atravesando un lago de sangre, y por en medio de cadáveres que sacrificó su ambicion; y en el dia de su exaltacion embriagados con el triunfo, rodeados de aduladores olvidaron los sacrificios de los pueblos y miraron con desprecio los males que se les habia causado.

No así el General Canseco! Ha sido avariento en la efusion de la sangre de sus compatriotas, pródigo de la suya en los puertos peligrosos á que le condujeran el honor militar y la defensa de los santos principios que sostuvo, como todo el pueblo arequipeño es testigo; y si la sangre de sus venas no salió en abundancia, gracias á la providencia que quizo salvarle de una muerte inevitable, que hallaron muchos en los mismos puestos que él ocupaba.

Activo y silencioso, sin promesa de ningún género no queria mas que triunfo de la causa que los pueblos habian proclamado, y cuando el cielo coronó sus trabajos con la derrota y fuga vergonzosa del ejército dictatorial, cuando se colocó en la Capital con un puñado de patriotas valientes y abnegados, cuando multitud de arreglos militares y políticos ocupaban su atencion; en sus desvelos, se ocupó de las mejoras que hoy gozamos, y de dar al mundo entero un noble ejemplo de desinterés y abnegacion que será el recuerdo imperecedero de las verdaderos patriotas, y el oprobio y desesperacion de los enemigos de todo adelanto en el pais.

[Continuará]

REVISTA DE LA SEMANA.

VERDADES DEL "JUICIO FINAL."

Los *arrendatarios absolutos* de este periódico, no contentos con los delicados dicterios que nos regalán en su papel, han ocupado tambien las columnas de "La Bolsa," para ponernos como *calzon de arriero*.

Entre la multitud de inectivas que nos dirijen, y que nosotros recibimos en *saco roto*, figura una en que se nos hace aparecer como redactores *arrendados*. Hubiéramos dejado pasar esta peregrina acusacion, como todas las

que se nos dirijen á quemar ropa, sino figuraran en ella dos señores que estimamos en mucho.

Para desvanecer aquella fonta suposicion, allá vá un par de epístolas que no dejarán nada que desear á los confectionadores del Juicio estraviado:

Señores Comandante D. José Manuel Díez Canseco y Sargento Mayor D. Pedro Antonio Díez Canseco.

S. C.—Junio 17 de 1868.

Muy señores nuestros:

Con el objeto de desvanecer algunas suposiciones que se han forjado con motivo de la publicacion de "La República," sírvanse UU. decirnos a continuacion, si han tomado alguna parte, directa ó indirecta, en la publicacion del periódico que dirijimos. Así mismo dígnense UU. decirnos, si han contribuido con algo á la instalacion de este periódico, ya sea pecuniaria ó literariamente, ó si tienen conocimiento de que, el Gobierno, ó alguna persona allegada ó él, han proporcionado fondos para su sostenimiento.

Esperamos de la caballerosidad y rectitud de UU., una pronta y categórica respuesta, para desvanecer los gratuitos cargos que se nos hacen, sin tomar en cuenta que, si nosotros hacemos uso de la prensa, es con el objeto de poner un dique a los avances del *rojismo* y de la demagogía desenfadada.

Somos de UU. atentos y seguros servidores:

Los RR.

SS. Redactores del periódico "La República."

S. C.—Junio 17 de 1868.

Muy señores nuestros:

En contestacion a la de UU., de esta fecha, decimos: q' nosotros no hemos coadyuvado, a la publicacion que UU. dirijen, con ningún género de auxilios, y que ignoramos que el Gobierno, ó algun miembro de la familia de mi señor padre, proteja el periódico "La República;" pues nosotros, así como toda nuestra familia, nos abstemos siempre de tomar parte en esta especie de asuntos.

Es euanto podemos decir en honor de la verdad.

De UU. atentos, seguros servidores: (firmado) José M. Díez Canseco (firmado) Pedro Antonio Díez Canseco.

He aquí un documento que manifiesta la venalidad de los RR. de "El Juicio," y que garantiza la veracidad de todos sus cargos y de todas sus aseveraciones.

PEUNTE NUEVO. — Este trabajo continua con bastante actividad; Quiera Dios no sufra interrupcion alguna pues con este puente habran ganado infinitamente ambas bandas. Esta obra se considera como un apéndice al ferrocarril, en cuanto a las ventajas que de él reportará a el vecindario.

BAJOS RELIEVES. En la fechada de la catedral se han colocado dos que, aunque de muy poco mérito artístico, hacen una bonita perspectiva.

ENLOZADO. El de la calle de San Francisco tendrémos el gusto de verlo terminado muy en breve. La perfeccion de esta mejora marcha en progresion ascendente, puesto que el enlozado de esta calle es mejor que el de la de Mercaderes; y no dudamos que esta superioridad siga adelante.

Robo escandaloso. El lunes, á la luz del dia ha sido sustraída "La República" de la puerta de la botica del S. Delgado de la Flor, donde con bastante ingenio la colocó el dependiente de esta, teniendo en consideracion que no todos podrian suscribirse á nuestro periódico, y que no era conveniente privar los de su lectura.

Hay quien nos asegura que *cierito caballero* fué quien sedujo á un mu chacho para que perpetrase tan escandaloso robo.

De una manera tan pública costando un precio tan módico, que se roben el periódico titulado "La República", es una accion no *juiciosa*, y que supone fué un bobo la persoua misteriosa

que instó á cometer tal robo.

Siempre farsas. En el último número de "La Bolsa" se registran dos remitidos, el uno titulado "La República" y el otro "Señores Cansecos". El primero ha sido pagado y garantizado por el arrendatario absoluto del "Juicio", y no decimos escrito, por que este caballero no escribe nunca una línea.

En él se nos acusa de haber atacado la vida privada de dicho señor, sin demostrarnos el modo cómo lo hayamos verificado.

También se nos llena de inpropietas, calificándonos de *cínicos, estúpidos, inmorales, groceros*, &, como si nuestro periódico se pareciera al "Juicio" en el que se leen por primera vez en letras de molde las palabras *tetas, tra-cero, vaima*, y otros mil y mil de este jaez.

El segundo está escrito por el muy cándido é ignorante cronista del "Juicio," quien careciendo de capacidad para todo, se contenta con hacer plagios de yaravies y canciones, para cuya gracia, tan sin gracia, no hace mas que suplir unanas cuantas palabras y sustituir las con otras que están borradas del diccionario de la buena crianza, y las que sí revelan una alma verdaderamente cícnica.

En este remitido se dirijen á los SS. Cansecos, suponiendo que los gastos de nuestro periódico corren de cuenta de dichos señores, siendo así que este periódico es independiente del gobierno, y que ni á él ni á los jóvenes Cansecos les cuesta un céntimo.

Tiros. El martes en la noche se dispararon unos cuantos al aire, por los labradores de la otra banda, con el esclusivo objeto de aumentar á algunos chilenos, que se cree están diseminados entre nosotros, y por temor de que atacasen su propiedad. Esto causó alguna alarma, y como era natural acudió fuerza á contener el desorden.

Nuestro pueblo inteligente, que ve la siempre por sus intereses, creyendo que era alguna asonada, fué también á vanguardia de dicha fuerza, no oyéndose mas voces que las de: ¡viva el General Canseco! ¡viva la paz! ¡No mas sangre!

Esto ha dejado muy complacidas á las personas amantes del orden y de la prosperidad de nuestro país.

Hacemos presente á dichos articulistas que no es el gobierno quien ha echado mano de nosotros, para defenderlo; sino que nosotros mismos nos hemos echado mano con el objeto de combatir á los *rojos* y á los *farsantes* que abusan de la bondad del pueblo Arequipeño.

Además, bien convencidos estamos de que el Gobierno no habia de buscar defensores del jaez de nosotros, que son unos *farsantes estúpidos*, de la familia de los *juiciosos* y *bolsistas*; mucho menos cuando el Gobierno no necesita abogados, por que su política franca y conciliadora, y la multitud de mejoras locales que está implantando, lo ponen a gran distancia de los tiros que le dirijen los *farsantes*, los *rojos* y los que corren a caza de *troncha*.

COMUNICADOS.

SS. EE. de "El Juicio."

Se necesitan dos *horricones* de imprenta, y como UU. poseen tantos tengan la bondad de proporcionarnos.

Unos impresores de Cotahuasi.

MARAVILLAS ERÓTICAS.

Publicamos á continuación una muestra de literatura, del género erótico-epistolar, extractada de la obra que en breve se dará á luz, titulada:

"Las confesiones de un Joven."

Tratado político y filosófico de un amante para su adorada,

por Don Ricardo Osoreo.

Si se duda de su autenticidad, puede pedirse al autor los ori-

nales de tan interesante tratado. He aquí el fragmento:

Señorita

Tengo á bien El ComuniCarle mis que jas que hoy Se deClara á desCubrirle mi pecho? Señorita

No pudien do por mas tien O.Cultar la pa Sion que rreina en mi me balgo, del maS de bil pinSel de la plu— ma para ma nifestar todo Cuan to mi cora zon Sieute y. en el tor men to de un a mor puro Sin Sero y Costante que hoy Se dirige a Ute., Si pue do Ser Corespou di do de ma nos de ur nan jel bello Como Ute., y a SieSpero me Con teste Ute., por me dio de Cua tor le tras O. Sino En pa la bras O. Co mo Ute., a lle por Con bien ten te D. Ute. fo.,

Fir mo y no pongo mi nombre Por que noCorra mi fama quel que tes ti ma y tea ma ya tu bienSabes Como Sella ma

PRINCIPIÓ EL "JUICIO" Á PADECEER

Da. Estacion.

Considera, alma perdida, como le pegaron al *Juicio* una cruel bofetada, que casi le echó los dientes fuera; y como se derramó la sangre de esos labios q' tan lindas cosas saben decir; y como el *juicio* echó mano al estoque y dejó burlado a su agresor poniendo los pies en *polvorosa*, sin tener en consideracion q' aquel soldado era un *Dayid* y él un *Goliat*; y bien lomudo:

Pater noster &.

Aquí se alienta la confianza y se pide lo que se desea.

Sed liberamos á malo.

Per omnia secula seculorum.

Amen.

SEMBLANZA.

EL FACHOSO CABALLERO DE LA CERDA.

Este apuesto caballero de la inclita Cotahuasi, por su molde es casi, casi un completo... zapatero.

Necesitaba un castillo su bello molde por cierto; asaltó uno y hoy el pillo tiene en que caerse muerto.

Y pertenece al enjambre de esos petates y necios, que dicen mil adelantos con el tormento del hambre.

Por esto, juzgo muy cuerdo que tambien se firme *El Tigre*; aunque en la parte á dó emigre todos le tendrán por *cordo*.

BASTA DE FARSAS.

Arequipa es uno, de los pueblos del Perú mas favorecido por la Providencia.

Esta es una verdad incuestionable. No obstante esto, recordáremos que Arequipa ha sido el pueblo que ha marchado siempre á la vanguardia de la civilizacion, y ha sido el centinela avanzado de las libertades públicas.

Como tal ha, sido la cuna de los hombres mas eminentes en las letras, en las artes y en las armas.

Generalmente los destinos del país han sido regidos por arequipeños ilustres, que han sido honra y prez de las ciencias y de la literatura nacionales.

¡Y á un pueblo de esta naturaleza, fecundo manantial de ilustracion y de patriotismo, es al que viene á civilizar y á predicarle moralidad el oscuro arrendatario absoluto del "Juicio."

A la tierra de los Paz-Soldanes, los Valdivia, los Viljil y otras tantas luminabras del saber humano, ¡es á la que

viene á ilustrar el ignorante redactor absoluto del "Juicio!"

¡Ah! risum teneatis.

He aquí un Dulcamara, un farsante que pretende vendernos sabiduria sin poseer siquiera los mas triviales rudimentos de ortografía castellana.

Son tan intimamente conocidas de todos la completa ignorancia é ineptitud de este farsante, que no necesitamos devanarnos los sesos para comprobar esta verdad.

Lo que si verdaderamente nos duele, es tener que ocuparnos de un ente, cuyas facultades intelectuales, morales y republicanas son tan negativas.

Efectivamente: nosotros que no creemos en la ciencia infusa, y que solo podemos conceder instruccion sólida y profunda aquel que á costa de largos y penosos años de estudio la ha adquirido; no podemos menos que declarar que, el arrendatario absoluto del "Juicio," es un ignorante de los mas obtusos.

Nosotros que tenemos motivos de conocer los antecedentes de este caballero, podemos asegurar que, en las haciendas del norte, donde pasó sus primeros años, no ha tenido ocasion de dedicarse al estudio.

Si esta aseveracion no es evidente, desmientanos el arrendatario del "Juicio," mostrándonos un solo certificado de haber presentado un solo examen en alguno de los colegios de ciencias ó artes de la República. No pretendamos tanto: díganos siquiera en qué colegio ha estudiado gramática castellana; ó por lo ménos quien le enseñó ortografía?

Estas son preguntas á las que el señor arrendatario del "Juicio" no podrá contestar sino con la elocuencia del silencio.

Y sin embargo, por una de esas aberraciones que tienen lugar en nuestro país, hoy se halla en posesion en el Colegio Nacional de la Independencia, de la espinosa cátedra de literatura; ciencia que, como todas las demás, no ha saludado ni por el feroz el soberano del "Juicio;" con mengua de aquel plantel de enseñanza pública, de su tan ilustrado Rector y del cuerpo de profesores, al que tan ridiculamente pertenece.

En confirmacion de lo que llevamos dicho, agregáremos que este Dulcamara de literatura, no ha presentado hasta hoy el texto de enseñanza, que por el colegio se le exige; porque hasta ignora lo que es texto y lo que es enseñanza.

Otra de las pruebas que podemos aducir en apoyo de lo espuesto, es la total carencia de discípulos en que se halla; pues únicamente cuenta con dos, que á la fecha deben saber tanto como el maestro.

En efecto: ¿qué pruebas nos ha dado hasta ahora de su sabiduria? Cuando no dispartes, nada mas que verdades de *Pero Grullo*, extractadas de los periódicos de Lima, y sin aplicacion á las actuales circunstancias políticas del Estado, como por ejemplo; que los políticos y militares son la ruina del país.

A propósito de esto dirémos con Villergas al arrendatario absoluto: "que la clase militar no es la que ménos enemigos tiene en los pueblos civilizados, pero q' la antipatia popular no es tan fuerte como la que hay en contra de los malos escritores, de los literatos que hacen malas traducciones, (el arrendatario se las hace hacer perversas), que hacen intolerantes plagios, dispartes groseros; en una palabra, en contra de los pobres petates, que no sabiendo leer, se meten á escribir; y que no vemos ya lejano el día en que cada vello sacrificie un centenar de estos feroces bipedes de la misma manera que los antiguos sacrificaban cien bueyes."

El día que se verifique un sacrificio de esta especie, bien puede el señor arrendatario tomar las de Villadiego, porque si le echan el guante no tiene escapatoria.

Esta clase de escritores, tan contraria á la civilizacion, como dice el autor citado, que quieran suplir con la farsa la falta total de ciencia y de concien-

cia, son perjudiciales, no por el daño que hacen á los pueblos, á las instituciones ó á las doctrinas, que nada tienen que temer de tan débiles enemigos, sino por los errores, por las preocupaciones que siembran entre las jentes sencillas que reciben como artículo de fé todo lo que se dice en letras de molde.

Para poner mas en evidencia la supina ignorancia del arrendatario del "Juicio," agregáremos que los escritos que publica como orijinales en el periódico que dirige, no son suyos, sino de una persona cuyo nombre silenciámos por respeto á la sociedad y por no sentirnos ruborizados.

La prueba mas fehaciente de que los escritos de este nuevo Dulcamara no son suyos, es la siguiente: desele de una manera confidencial un tema, de mas insignificantante, y no escribirá sobre él tres renglones seguidos; y si los escribe será faltando á la lógica, á la gramática, á la ortografía, á la caligrafía y hasta el sentido comun.

La vida pública de este caballero nos ofrece un declado de ineptitud, falta de educacion y supercheria.

Con la mayor serenidad ha recorrido cuatro profesiones: la militar, la monástica, la de *pisa-verde* y la de *sabio ilustrador de las masas*; y en todas ellas no ha hecho mas quedar relevantes pruebas de nulidad.

Con la desesperacion de esos seres fatales que han nacido destinados á morir de hambre, ha renegado de las tres primeras y se ha lanzado en el ancho camino de la última, con el fin de explotar la credulidad de los necios, y asegurar un porvenir que lo conduzca á las Cámaras ó á la primera magistratura de la República, según los cálculos de su *juicioso mollera*.

Mucho tendríamos que decir de este célebre personaje; pero nos abstenémos de hacerlo por no correr el riesgo de tocar en el terreno de lo privado, y de caer en la tentacion de usar alguna de las *delicadas* frases con q' el "Juicio" regala á sus lectores, y muy especialmente á los *cínicos estúpidos* de la "República."

Basta de farsas, pues; y no nos obligue el arrendatario absoluto del "Juicio" á arrancarle la careta de hipocrecia con que se ha presentado ante la bondadosa sociedad arequipeña.

Y agradezca el arrendatario la indulgencia con que por ahora le tratamos.

ei s militares y un lego.

INSERCIONES. LA VOZ DE LA MUJER.

Ois! En tanto que hermosa la noche tiende sus galas la brisa lleva en sus alas un sonido arrobador. Es el génio de la selva, sultan de verdes palacios; es el rey de los espacios, el sublime ruiseñor.

Pero escuchad; mas suave que ese dulcísimo acento otro rumor rasga el viento como un eco del placer. Es un sonido que llega del alma á lo mas profundo; son los ángeles del mundo, es la voz de una mujer.

Ois! Alla en lontananza como el susurro de un lago se escucha un gemido vago, un continuo suspirar. Son las auras de la tarde que corren entre las brumas cuando volviéndose espumas mueren las olas del mar.

Mas silencio; que mas dulces que las olas y las aves se escuchan trinos suaves que conmueven nuestro ser. Son los ecos de la gloria; es la ilusion mas querida; el aroma de la vida; es la voz de una mujer

Ois! En esos vergeles
túmes ecos suspirando,
Van alegres publicando
las delicias del pensil.
Es un rumor que estasia;
son dulcísimos amores
son secretos de las flores;
es el céfiro gentil.

Mas, ah! brindando hermosa
cual ninguna arrobadora
se escuchaba una voz sonora
que nos despierta el querer.
es un eco desprendido
de allá del celeste coro;
es una lira de oro;
es... la voz de una mujer.

Rafael S. Alcazar.

Una semana santa en ROMA.

Por Emilio Castelar.

Roma, 20 de Abril de 1868.

No imaginéis que en Roma os aguarde la semana santa de Sevilla ó de Cartagena, tan espléndida por sus riquísimas procesiones. En Roma no hay una sola procesion, excepto aquellas en que toda la corte pontificia rodea al papa, llevado en lujosas andas, bajo pálio, por no sé bien si ocho ó cuatro domésticos vestidos de damasco encarnado. En Roma no hay iglesias góticas. La influencia del arte antiguo ha sido tan poderosa, la voz de sus ruinas tan elocuente, que la capital del orbe católico no tiene la arquitectura católica por esencia, aquella de los bosques de columnas, de las grutas misteriosas, de los rosetones calados por donde entra la luz cernida en vidrios de colores, como un crepúsculo del cielo; aquella que nos obliga fuertemente con sus misterios á murmurar una oracion, cuando entramos en las naves místicas de Toledo, de Sevilla, de León, naves que bogan siempre hacia la eternidad. En Roma no hay esculturas en madera. Por regla general, sus estatuas son como las estatuas antiguas, en bronce ó en mármol. No se pueden mover con la facilidad que se interven nuestros pasos de talla. En Roma no hay pues, procesiones de semana santa. Así he visto á muchas damas de Andalucía acostumbradas á la mística oscuridad de la catedral de Sevilla, no poder resistir la claridad de San Pedro que aumenta casi la luz del dia, con la reverberacion de sus mármoles y de sus bronce dorados á fuego. No diré nada absolutamente de la estrechez que les causa no ver una sola procesion.

Todo en Roma es colosal. Sobre las ruinas de los antiguos monumentos que parecen levantados por una raza de titanes, se elevan al cielo en aéreas rotondas, las altas cúpulas de las iglesias católicas, á manera de las primeras hostias ofrecidas al Dios del cristianismo por los apóstoles sobre los altares paganos. Y tiene Roma unas construcciones sin luz, casi sin aire, en las entrañas de la tierra, donde sentís las mayores emociones religiosas que es posible sentir en la vida. Son las catacumbas. Las de San Clemente se abren cerca del Coliseo, las de San Sebastian bajo el sirco de Rómulo. Cuando penetrais en aquellos frios abismos; cuando á la incierta luz de una vela veis los frescos trazados por los mártires; cuando palpais en la oscuridad sus sepulcros, recordando que allí se congregaban los primeros fundadores de la sociedad cristiana, sin mas arma que su idea, ni mas fuerza que su resignacion, mientras sobre sus cabezas, los dejenerados Césares se entregaban á las fiestas de gladiadores, á las cenas babilónicas; de cada una de aquellas piedras sentís elevarse como un cántico, los recuerdos de los tiempos heroicos del cristianismo, que dan á la conciencia luz, al carácter fuerza, á la voluntad confianza en Dios, y orais tiernamente en aquel templo del dolor y del sacrificio.

Pero volvamos á la semana santa. Es el domingo de ramos de 1868. El cielo brilla con una incomparable nitidez. En los maravillosos intercolumnios semi-circulares que preseden á la Basílica de San Pedro, las dos fuentes

al elevar al cielo sus gigantescos surtidores, descomponen la luz del sol en los matices del iris. Entrais en la Gran Basílica, y su serie de arcos triunfales mayores que los levantados por los romanos, y sus sepulcros, y sobre todo su rotonda infinita, os abisman con su grandeza. Ni el oro, ni el mármol, ni el bronce, ni los mosaicos que resplandecen con oriental profusion, os cautivan como aquellas largas líneas, como aquellas incomensurables alturas, ideadas para inspirar el sentimiento de lo infinito en el templo de Dios. Al pié del inmenso dosel de bronce que forma el altar mayor, arden como una aureola luminosa, las cien lámparas, siempre encendidas sobre el sepulcro de San Pedro. Dos líneas de soldados se extienden desde los salones del Vaticano, habitacion del papa, hasta el altar mayor. El papa viene á la hora prefijada. Precedenle varios suizos. Sus pantalones y vesta son á la antigua española, ó mejor dicho, á la borjonona, de una mezcla abigarrada de colores, tiras amarillas, carnesies y azul oscuro; un casco rematado por un plumero blanco les cubre la cabeza, y artistica alabarda les ocupa las manos. En seguida viene la procesion. Abren el paso los simples sacerdotes, van luego los canónigos, y tras de estos los obispos y arzobispos con sus mitras puestas. Llamán siempre la atencion los armenios con su traje recamado de oro, brillantísimo por la variedad de los colores, la riqueza de la pedreria, y la magnitud de las mitras orientales. Tras los obispos y arzobispos vienen los cardenales. A un lado y otro se ven los nobles romanos, vestidos de calzon corto, ropilla de terciopelo, capa negra al hombro, copia exacta de los caballeros de Velasquez. Entre estos llaman principalmente la atencion los senadores romanos, seguidos de los pajecillos con ejes del siglo décimo-sesto, de terciopelo carmesí bordado de oro. Por último, viene el papa sentado en una gran silla, puesta sobre andas. Siguenle varios piquetes de guardias palatinas. No es posible imaginar cuadro mas pintoresco en aquella inmensidad de la iglesia, que esta muchedumbre infinita de tan varios trajes, todos de diversos colores y formas, que producen desde la rozagante púrpura asiática hasta la sencilla blanca túnica de los primeros romanos. Las ceremonias del domingo de ramos en San Pedro no se distinguen por nada particular de las ceremonias que en el resto de las iglesias católicas se celebran.

El jueves santo, no baja el Papa á la Basílica. Asiste á los oficios en la capilla Sixtina. A la conclusion de la escalera del Vaticano, ideada por el caballero Bernini con admirable arte, pues en estrecho espacio ha construido una galeria que asombra por sus columnas, por su bóveda, por sus gradas formando una decoracion que llamaríamos *ferrea*, si estuvieramos en Paris; á la conclusion de esta galeria, se abre un vestibulo inmenso al cual van á dar las dos capillas pontificias: la Sixtina y la Paulina. La primera ha sido immortalizada por el fresco de Miguel Angel consagrado al juicio final. No podeis entrar, sin que el escalofrio de lo sublime recorra vuestros nervios, y el terror trágico vuestra alma. Parece que vaga por allí el espíritu del Dante y que traza por procedimientos invisibles en los espesos muros, las apocalípticas visiones de su infierno. Cristo arroja su maldicion sobre los reprobos, que se despeñan desde las alturas á los abismos eternos, en una catara de lívidos, desnudos cuerpos, violentados por todas las explosiones del dolor físico, y por todas las cóleras de la desesperacion moral. Aquellos seres dan sublime horror al precipitarse en los lagos de plomo derretido que los aguardan. No hay donde el corazon despedazado por el dolor se repose.

Cristo, Maria, los elegidos mismos, todos están tristes. Solo allá, en las bóvedas, se ven levantarse las Sibilas cantadas por Virgilio que miran y penetran por Virgilio, anunciando el cumplimiento de las promesas evangélicas: la aparicion de nuevos mundos iluminados de nuevos cielos, cuyos albores resplande-

cen ya en las frentes de las antiguas profetizas, en aquellas frentes anchas como los dilatados horizontes de la esperanza. Las Sibilas de Miguel Angel me espantan por su grandeza. Muchos pintores han trazado la imagen de estas mugeres, que desde los tiempos mas remotos anunciaban la renovacion, de la vida á un mundo que habia perdido la esperanza. Las Sibilas de Dominiquino y de Guido Reni son magas con aire de decir la buena ventura; y las sibilas de Rafael, son musas con aire de inspirar clásicos versos á los poetas; pero esas Sibilas de Miguel Angel, colocadas en la bóveda de la capilla. Sixtina, entre los titanes que han removido el mundo material, y los profetas que han removido el mundo moral; viejas unas como el tiempo, bellas otras como la esperanza, misteriosas todas como las profecias; envueltas en los mantos antiguos agitados al viento que corre por las altas cimas, desde donde descubren todos los horizontes; ya viendo estáticas el nuevo florecimiento del Universo, ya trazando precipitadas la imagen del porvenir antes que el viejo mundo se arruine; compañeras de Isaías, de Ezequiél y de todos los grandes varones hebreos que anunciaron desde el templo la radencion de la humanidad, son la imagen fantástica de las ideas platónicas, pasando en formas gigantescas por el cielo y yendo á juntarse con las ideas bíblicas en la tierra prometida para formar el dogma del cristianismo que será la transfiguracion sublime de la conciencia en el momento de la conjuncion de dos mundos; del mundo griego y del mundo judío, que han sido á pesar de su pequenez material, los dos grandes planetas, morales de la historia. Unos oficios de, tinieblas en esta capilla pintada por tan sublime manera, serán siempre interesantes para todos aquellos que amen verdaderamente la belleza moral. Como las lamentaciones de Jeremias concuerdan con las imágenes de la desesperacion pintadas en el muro central. Como el canto de Zacarias concuerda con las imágenes de la esperanza pintadas en la bóveda! Como el Misérere parece producido por los justos que ascienden penosamente al cielo, rudos conquistadores de la gracia.

Después que se han concluido los oficios de la mañana el jueves santo, y el Papa ha depositado la hostia en la capilla Paulina donde se alza el Sagrario, admirablemente iluminado, bendice al pueblo. En seguida baja á San Pedro donde lava los piés á doce sacerdotes pobres. Desde allí se dirige á una de las magnificas salas de ese palacio Vaticano, que tiene diez mil habitaciones, y sirve la comida á los doce sacerdotes vestidos de blanco. Ninguna de las restantes ceremonias, se diferencian en nada de las usuales en nuestras Iglesias. Como San Pedro es tan grande y la débil voz humana se pierde tan fácilmente en sus espacios, no hay sermones. Roma presenta un singular aspecto el jueves y viernes santo muy extraño y muy contrario á las antiguas costumbres españolas que han trascendido tambien á América. Nosotros cerramos nuestras tiendas, suspendemos el curso de nuestros carruajes. Un sublime silencio reina hasta en las mas populares ciudades. Nadie se entrega á los trabajos materiales en estos dias consagrados á la celebracion del mayor sacrificio moral. La concurrencia á las Iglesias siempre es grande como si un pueblo entero se dedica á la oracion y se encerrara en el recogimiento de las meditaciones religiosas. Pero en Roma todas las tiendas se hallan abiertas, todos los habitantes ocupados en sus faenas, las Iglesias solitarias, y los carruages arman ruido mayor que en los restantes dias del año á causa de la numerosa afluencia de extranjeros.

Por la noche se coronan de laurel, de verberna, de mirto, como las diosas antiguas, y se iluminan espléndidamente las salchicherias y las tiendas de jamones, en celebracion de la próxima conclusion de la cuaresma. Toda mi vida recordaré que en esta noche de Jueves Santo, noche tan solemne en nuestra Es-

paña, donde hasta los reyes salen a pié, íbamos en compania de un ilustrado joven romano en carretela descubierta por las calles de la ciudad eterna, viendo llenas de gente las puertas de las salchicherias, y solitarias las puertas de los templos. En San Pedro hay mucha concurrencia, pero principalmente de estrangeros, y en su mayoría protestantes. Recordaré siempre la figura tristisima que hacia una inglesa, inmóvil, cerca del sepulcro de San Pedro, indiferente, de pié, mientras el papa alzaba la hostia, y en tan religioso momento flechándole á S. S. los anteojos de teatro. Estas cosas costumbres ciertamente para los que estamos habituados á la antigua verdad española.

El dia que mas gente de Roma concurre á San Pedro es el domingo de Pascua. Se ven los campesinos abandonando sus cabañas, para venir á la ciudad á recibir la bendicion papal. A las nueve de la mañana ha descendido ya Su Santidad á la Basílica. El papa mismo celebró este año la misa mayor. Seis arzobispos le asistian. Su voz me pareció clara, vibrante, de una grande entonacion musical, y de una extraordinaria dulzura. En San Pedro no hay un organo en armonia con las proporciones de la iglesia; grave falta artistica, incomprensible en esta capital de la religion y de las artes, por que el organo es la voz interior de las Basílicas. Así es que el canto llano, sin acompañamiento de música, admirable en los dias de Semana Santa, no sienta bien á un dia de Pascua. Solo se siente una emision profunda, cuando el papa alza á Dios, y resuenan misteriosos clarines, que parecen tocados por los ángeles de las cornisas, y que esparcen con su vibracion unisonas, místicas ideas en las almas. Concluida la misa el papa rodeado de todos los cardenales, adora las reliquias de San Pedro que se enseñan desde uno de los balcones abiertos en los inmensos pilares, apoyos de la rotonda. Después de la misa, viene la bendicion papal, dada desde la ventana central de la fachada de San Pedro. Nada tan maravilloso como este espectáculo. La decoracion de la gran plaza, serie admirable de monumentos, artisticamente colocados; los obeliscos, las estatuas, los bosques de columnas; los resplandores de un cielo meridional y de un sol que dora las piedras; la inmensa muchedumbre de todos los paises hablando todas las lenguas que llena aquellos magestuosos espacios; la gran Basílica en el fondo, cuyas moles aligeran los dos rios, que en surtidores giran por los aires, á los dos lados del obelisco central; todos estos maravillosos asuntos por un cuadro, dan á la plaza de San Pedro encantos, que en vano buscaréis en ningun otro lugar de la tierra. El papa aparece llevado en la silla gestatoria, vestido de blanco; y sobre la cabeza la tiara donde van tres coronas engarzadas. Un silencio profundísimo reina en la antes bulliciosa plaza. Jamas he visto tanta solemunidad en ningun templo romano, como en aquel templo al aire libre. El papa se levanta y estiende sus brazos sobre el mundo, desde el monumento mas grande, que hay en la ciudad llamada capital religiosa del mundo. *Urbi et orbi*: dice. Su voz resuena en todos los ámbitos de la plaza. En seguida las campanas de San Pedro repican al vuelo, las fuentes que se habian cerrado vuelven á su unisono canto, el cañon de San Angelo truenan, las músicas lanzan un himno, las muchedumbres una grande exclamacion, y se ha concluido la Semana Santa en la ciudad eterna.

(Copiado del "National," núm. 823.)

AVISO.
AGENCIA GENERAL DE "LA REPÚBLICA"

Tienda de Don Julio Pareja.
Calle de la prefectura, numero 32.

IMP. DE "LA REPÚBLICA," ADMINSTRADA POR MELCHOR INOJOSA.